

que semejante union no se realizara jamás á no ser que los protestantes se vieran impulsados por la mayor necesidad.

Acaso el tiempo hubiera acallado sus escrúpulos, pero la desgracia quiso que cuando la formacion de la union protestante alemana parecia una empresa viable, cuando el ejército de la Alemania protestante entraba en Francia, ocurrieran algunas muertes que evidenciaron que todo el auge que habia tomado el partido protestante dependia únicamente de dos personas.

NUEVA DIVISION ENTRE LOS PROTESTANTES

El 25 de setiembre (5 de octubre) de 1591 murió el príncipe elector Cristian de Sajonia á la edad de 31 años.

Su muerte fué una gran pérdida para el partido de la union cuya alma habia sido juntamente con Juan Casimiro desde que se habia decidido á formar parte de este partido. Tambien para la Sajonia fué funesta su muerte porque la tutela del príncipe heredero Cristian (II), que entonces contaba ocho años de edad, y de sus hermanitos menores, correspondió con la regencia á la otra rama sajona y en particular al duque Federico Guillermo, despues fundador de la rama de Sajonia-Altenburgo, por ser su agnado mas próximo. El difunto elector, á fin de reducir algo la influencia del regente y tutor, que era luterano rígido, habia nombrado co-tutor al príncipe elector de Brandeburgo, abuelo materno del príncipe heredero sajón; pero no logró su objeto porque los dos tutores convinieron en que el duque Federico Guillermo gobernaria solo y en que únicamente en casos importantes se pondria de acuerdo con el príncipe elector de Brandeburgo.

Esto dió lugar á una nueva demostracion de la desgracia del principio: *Cujus regio ejus religio*. No hay que decir que todos los elementos luteranos rígidos y conservadores que guardaban rencor al difunto elector y á su canciller omnipotente por su actitud religiosa y política exterior, recibieron con gran alegría al nuevo regente porque veían llegado el día de la venganza. Todos los magnates á quienes el brazo fuerte de Crell habia apartado del gobierno y oprimido se transformaron de repente de partido de oposicion en partido de gobierno y excitaron al regente á acabar radicalmente con la influencia de Crell, y así se hizo. Toda la política interior y exterior del electorado de Sajonia fué arreglada otra vez sobre los principios del príncipe elector Augusto.

La primera victima de este súbito cambio fué el mismo canciller Crell, á quien el nuevo regente, cediendo á las instancias de la nobleza territorial, mandó prender repentinamente en octubre de 1591, el día antes de las exequias solemnes del difunto elector, y se le formó causa, volviendo á ocupar su lugar el canciller anterior Pfeifer.

Todos los eclesiásticos expulsados por Crell, como Policarpo Leyser, Egidio Hunnius, Martin Mirus, Jorge Mylius y otros, volvieron á ocupar sus antiguos puestos, mientras los empleados del corto período anterior como los predicadores de palacio Salmuth y Steinbach, el superintendente Pierio en Wittenberg y Gundermann en Leipzig, fueron tratados de la manera mas íncua, y muchos de ellos además de ser destituidos fueron presos y encausados. Así pasó la vida en súbitos cambios de los teólogos aferrados en sus convicciones. No hay que decir que la fórmula de concordia fué elevada otra vez á la altura de antes. Se dispuso una visita general de iglesias y se redactaron un gran número de artículos basados en aquel cánón del luteranismo condenando la doctrina calvinista. Todos los funcionarios eclesiásticos y laicos debían firmar aquellos artículos, y los que rehu-

saron hacerlo fueron destituidos y expulsados del país. A pesar de la instruccion que recomendaba proceder benévola y probar primero los procedimientos de persuasion, se procedió con un rigor nunca visto, con ensañamiento exacerbado «contra la maldita ponzoña calvinista.» En Leipzig hasta se registró la bola metálica del campanario de San Nicolás para ver si habia allí encerrados escritos calvinistas. El populacho luterano aprovechó todas las ocasiones para cometer excesos salvajes contra todo lo que era calvinista.

Con el cambio eclesiástico se efectuó tambien el político. El regente, accediendo al deseo de los estamentos, suspendió todas sus relaciones con el Palatinado, procurando por el contrario entablar otra vez relaciones amistosas con los magnates católicos del Imperio y con la casa imperial. El antiguo patriotismo sajón á favor del Imperio y el luteranismo ortodoxo florecieron nuevamente de la noche á la mañana en el electorado de Sajonia.

La muerte del regente ocurrida en 1601 no modificó en nada la actitud del país porque el nuevo elector Cristian II que empuñó el gobierno siguió el mismo rumbo que el regente. Su primer acto de gobierno fué hacer cortar la cabeza al canciller Crell que llevaba diez años de padecimientos en lóbrego calabozo como un criminal vulgar, y á quien durante aquel tiempo se habia formado proceso seguido de la manera mas indigna. Cuando en la plaza del mercado de Dresde cayó su cabeza á la vista de la princesa electora Sofia, gritó el verdugo: «Este es un golpe calvinista; que sus compañeros del infierno tengan cuidado, porque aquí no se tiene consideracion con nadie.»

Este asesinato jurídico selló la separacion entre la política sajona y la del Palatinado.

El ejemplo del electorado de Sajonia, brillante adalid del luteranismo, fué seguido, como otras veces, por un gran número de magnates protestantes. El elector de Brandeburgo y otros que habian desplegado mucho celo por la formacion de la union protestante reconocieron la inutilidad de sus esfuerzos y retiraron su concurso á la obra. Solo Juan Casimiro continuó todavia trabajando en favor de la idea, y no perdió la esperanza hasta que vió que se separaban de la empresa el landgrave Guillermo de Hesse y el marqués Jorge Federico de Baden. Dominado por el sentimiento de no haber podido cumplir la mision de su vida, murió el 16 de enero de 1592.

Con él perdió el partido protestante su verdadera fuerza creadora é impulsiva. Este partido habria podido realizar grandes cosas si se hubiera dejado guiar sin resistencia por Juan Casimiro, uniendo todas sus fuerzas para realizar las ideas del jefe. La timidez, los escrúpulos, la envidia y la rivalidad habian impedido que se siguiera de comun acuerdo y con energía el consejo inteligente del mas capaz, ya que éste no podia realizar sus planes por sí solo con sus medios insuficientes. Cuando sus colegas se mostraban rehacios ó vacilantes para poner á su disposicion del mas inteligente sus fuerzas, Juan Casimiro no pudo mostrar su heroismo con brillantes hechos. Los soberanos alemanes de aquel tiempo no carecian de inteligencia ni de resolucion, sino de poder y de medios, y así sucedió tambien á Juan Casimiro, animado de las mejores intenciones protestantes y patrióticas, hombre previsor y de una amplitud de miras que le da cierto color de proyectista y de aventurero. Bien merece figurar en su epitafio su lema consolador: *In magnis voluisse multum est*.

Los católicos, al saber la muerte de sus enemigos el conde palatino y el elector de Sajonia, mostraron su alegría. Hacia muchos años que estaban mirando á los protestantes casi

con tanto temor como éstos los miraron á ellos. La creciente rudeza, sus exigencias cada vez mas apremiantes, la frecuente llegada de embajadores extranjeros á las cortes de los magnates protestantes, daban á conocer con toda evidencia á los católicos que sus adversarios se habian puesto en relaciones con otros protestantes tanto dentro del Imperio como fuera y que estaba formándose una liga protestante. Este te-

mor se aumentó porque reinaban tambien en las filas católicas la envidia y la discordia que impedían reunir á sus partidarios para tomar resoluciones comunes. La tentativa del duque Guillermo de Baviera para ensanchar la liga de Landsberg hasta formar una vasta union romano-católica fracasó completamente.

A la noticia de la muerte de Juan Casimiro el obispo de

Contrafai. Des Durchleuchtigen / Hochgebornen Fürsten vnd Herren / Herrn Johann Casimire / Pfalzgraffen bey Rhein / Herzogs in Bayern, &c.

Es hat diser eben diese bildt/
Das nit ansich ein Fürsten mildt

Und ob sein Ehrlich vnd Eim nit seuffet/
Als rino der Gort dient vngschuffet.



Erzog Johannes Casimir/
Der die werdt fürgebildet dir/
Ein Pfalzgraff ist bey Rhein geboren/
Herzog in Bayern außerkorn/
Sein dapper gemüt vnd groffe werdt/
Fürstessen weit der Löwen städt/
Sein groffes lieb zum Vaterlande/
Vnd rechter eyser wurd bekandt

Die er zu Gort vnd sein Wort eraget/
Weil er dean waget vnveraget/
Noh Wagen / Reutter / Gilt vnd Gut/
Dazu sein selbe Leib / Ebr vnd Blut/
Dannet bey gangen Landes Krafft/
Wie er den Gortes Namen preißt/
Der wöll erhalten durch sein schilt/
Den Hochgebornen Fürsten mildt.

F. G. M. CXXXIX.

Ob Gort was vnd dinst die Gortessen vnd die Blüthen von mir mechen mildten: Dann sie er
den von die lüthelich vnd ihre Fröndt erbeben sich also nicht. Ich heisse sie ERN die sich d
sen vnd verbeugt mich auff sie / Was sie sich wider sich setzen. Ich heisse sie in redem erit / Was
raubt sind sie mit fund. Erforde mich Gort vnd erlahremen heren / prüfe mich vnd erfahre wie
sich megen vnd sige ob ich auff dñsem wege bin vnd lichte mich auff ewigen wege.

Gedruckt zu Nurnberg an der Handt bey Mattheo Hornsch.

El conde palatino Juan Casimiro

Facsimile reducido de una hoja impresa. Grabado de Tobías Stimmer (1539-1582)

Estrasburgo Juan escribió al duque Guillermo: «Esta muerte será tal vez un obstáculo para el propósito amenazador de los protestantes, ó por lo menos se retardará su ejecucion. No podemos dar bastantes gracias á la Providencia por haber apartado de nosotros con su divina omnipotencia tanto mal para la conservacion de la gloria de Dios y de la fé.»

En medio de esta desgracia fué aún una suerte que el fallecimiento de Juan Casimiro no transformara tambien el Palatinado en el concepto político; pues el jóven heredero de este país, que poco despues de la muerte de su tutor llegó con los diez y ocho años á su mayor edad, y que de consiguiente empuñó personalmente las riendas del gobierno, no

tenia nada del espíritu rígidamente luterano de su padre. El tio habia procurado inculcarle sus principios religiosos y sus ideas políticas; pero desgraciadamente el jóven elector carecia de energía física y moral. Las virtudes de Federico IV eran las de la debilidad, y como sucede con frecuencia en los caracteres débiles, estas virtudes se trocaban súbitamente en las cualidades opuestas. A pesar de su benevolencia y dulzura se dejó dominar muchas veces por la ira; admitió fácilmente buenos consejos y censuras fundadas, pero en medio de esto hacia brusca oposicion y respondia á los que le daban consejos con insolente altanería. Su benevolencia se cambiaba con mucha facilidad en dureza injusta, y tan pron-

to se mostraba complaciente y condescendiente como terco y obstinado. En sus actos públicos tampoco se observaba constancia de propósito ni perseverancia en la ejecución. Después de activar una operación durante algún tiempo con mucho afán, se enfadaba cuando no le salía bien. Tampoco pudo negar la sangre bastante ligera que corría por sus venas, pues le gustaban más los gozos materiales que los deberes del soberano. La caza y los torneos, los banquetes y el vino, las fiestas y largos viajes le agradaban, y en ellos se fundaba su instrucción que no era muy profunda. La vida en su corte de Heidelberg era brillante; en 1599 se componía aquella corte casi de setecientas personas y en ella se derrochaban las rentas del país, subiendo además en proporción las deudas. Esta vida de placeres arruinó rápidamente su cuerpo, y antes de haber cumplido treinta años de edad la parálisis había invadido la mitad inferior de su cuerpo desde la cintura abajo, pero no por esto dejó su pasión a la bebida.

Abandonó el gobierno a sus consejeros, y fué gran fortuna para la causa de los protestantes que entre estos consejeros hubiera muchos que habían salido de la escuela de Juan Casimiro y que continuaron gobernando en su sentido, sobre todo en los asuntos extranjeros. Eran hombres honrados, celosos, inteligentes y prudentes, aunque algo pesados y lentos, y estaban muy distantes de tener la iniciativa política creadora de su soberano anterior, del cual tampoco tenían la temeridad ni la osadía. Esto dió a la política de Heidelberg un carácter de reservada que no excitaba la actividad de sus partidarios, sino que esperaba que recibieran el impulso de fuera.

Además de este carácter mesurado de las personas principales contribuyó a paralizar la política de Palatinado en los primeros años la contienda perjudicial por la tutela, pues el hermano del abuelo de Federico IV, el conde palatino Reinhard de Simmern, de religión luterana, pretendió ser tutor del joven al morir su padre, para desterrar otra vez del país el calvinismo, y fundó su pretensión en dos bulas del emperador Segismundo, según las cuales Federico IV no debía ser declarado mayor de edad hasta los veinticinco años, mientras la Bula de Oro fijaba su mayoría en los diez y ocho cumplidos. Con esto solo consiguió que el emperador Rodolfo tardara hasta el año 1594 en dar al nuevo elector la investidura, lo que le impidió tomar una actitud decidida frente del emperador. Así el partido protestante quedó otra vez dividido agrupándose alrededor los unos del elemento luterano y los otros del calvinista como alrededor de dos polos opuestos. Con esto desaparecieron también los esfuerzos en sentido unionista y el acuerdo de aliarse con potencias extranjeras, sobre todo desde que el rey de Francia se hizo católico.

Gran suerte fué para los protestantes alemanes que en diciembre de 1592 muriera el duque de Parma, con lo cual se perjudicó mucho la causa de España en los Países Bajos y por lo pronto se alejaron los peligros exteriores, si bien quedaron todavía los mayores peligros que para la causa protestante estaban en el propio país.

EL ASUNTO DE ESTRASBURGO

Al decidirse la cuestión de Colonia a favor del catolicismo se encendió en Estrasburgo una nueva contienda violenta. Ambos asuntos estaban estrechamente relacionados entre sí, porque los canónigos de Colonia del partido de Gebhardo que habían sido excomulgados, Solms, Winneburg y Sain-Wittgenstein, lo mismo que el arzobispo destituido, poseían canongías en la catedral de Estrasburgo, y al verse rechaza-

dos en la de Colonia, habíanse retirado a la de Estrasburgo. Sin hacer caso de que también habían perdido sus prebendas en esta última catedral, se apoderaron de las casas y establecimientos de la iglesia, protestaron contra la jurisdicción del Papa y apelaron al emperador y al Imperio, poniéndose de su lado también la municipalidad protestante de Estrasburgo. El emperador tomó partido a favor de los canónigos católicos, pero no se atrevió a proceder tampoco de una manera enérgica ni a declarar fuera de ley a los excomulgados, como lo pidió entre otros el duque Guillermo de Baviera. El emperador se limitó a exhortaciones y amenazas que no produjeron ningún efecto en los canónigos protestantes. Cuando en el transcurso de los años que siguieron quedaron vacantes algunas canongías por la muerte de sus titulares, se organizaron para las nuevas elecciones los partidos opuestos según la religión de cada uno, y era de prever que al morir el obispo Juan resultarían una elección doble y un estado cismático como el que había ocurrido en Colonia.

En efecto, pocos meses después de la muerte de Juan Casimiro, murió el obispo de Estrasburgo repentinamente de una apoplejía, y los miembros protestantes del cabildo, que eran la mayoría, después de haber invitado a sus colegas católicos a tomar parte en la elección, no tardaron en proponer a uno de los suyos para la silla vacante con el aplauso de la municipalidad y de los vecinos. Su candidato era el príncipe Juan Jorge, de edad de quince años, uno de los hijos menores del administrador Juan Jorge del arzobispado de Magdeburgo, al cual habían elegido ya cuatro años antes miembro del cabildo.

Resultó, pues, que la familia de la cual un miembro había sido excluido en 1582 del parlamento, y en 1588 de la visita de la alta cámara de justicia, se vio comprometida también en este asunto, que llegó a ser de trascendental importancia para todo el Imperio.

Los canónigos católicos, sin embargo, para no permitir este triunfo a sus contrarios, se reunieron una semana después de la elección en Zabern para elegir a su vez el nuevo obispo, resultando elegido el cardenal Carlos de Lorena, hijo de Carlos II, duque de Lorena, que desde 1578 era ya obispo de Metz, y que también desde algunos años, a consecuencia de una elección hecha por los canónigos católicos, disfrutaba una prebenda en la catedral de Estrasburgo. Poco antes, en 1590, se habían negado los canónigos a elegir al mismo príncipe coadjutor del obispado, a fin de no presentar por sucesor del obispo a un individuo del cual no se sabía de una manera indudable si era miembro del Imperio, y cuyo parentesco con una familia soberana vecina y poderosa les hacía temer por la libertad e independencia del cabildo. Por otra parte, temieron también, al poner el obispado en manos de un príncipe de Lorena, comprometerlo en las luchas del Occidente de Europa. Pero al reunirse los canónigos católicos en Zabern, se presentó el día de la elección en la misma ciudad el cardenal a la cabeza de una sección de tropa lorenesa, y en estas circunstancias se efectuó su elección para la silla episcopal.

Con esto quedó planteada la cuestión de si el territorio eclesiástico más importante en el Alto Rin había de reconocer por soberano al Papa o había de pasar a manos de un protestante, y si al mismo tiempo se daría a la liga francesa, con la cual estaba aliada la casa de Lorena, la ocasión de mezclarse en los asuntos de Alemania, y una ventaja considerable en su lucha contra el rey Enrique IV, que entonces continuaba todavía siendo protestante.

La situación era entonces mucho más favorable para el protestantismo que lo había sido poco antes en Colonia, donde Gebhardo había sido elegido arzobispo siendo cató-

lico y después se había pasado a la nueva doctrina religiosa, mientras que el príncipe Juan Jorge era ya protestante al ser elegido obispo de Estrasburgo. El conflicto de Gebhardo con la disposición relativa a la reserva eclesiástica había sido innegable; el caso de Estrasburgo era distinto. Sin embargo, en vista del estado de los ánimos en ambos partidos opuestos, nadie preguntaba por el mayor derecho, sino por el mayor poder de los pretendientes. Así, pues, parecía que como en Colonia se había de apelar a las armas para decidir el conflicto.

La ciudad de Estrasburgo estaba a favor del príncipe brandeburgués Juan Jorge; y cuando un heraldo lorenés se presentó con la proclama impresa en la cual el cardenal anunciaba su toma de posesión del obispado, la municipalidad no permitió que fijara la proclama en las puertas de la ciudad y dijo al mensajero que la fijara en la horca, donde había sitio suficiente.

Los municipales de Estrasburgo disponían de un pequeño cuerpo armado que pusieron a disposición del brandebur-

FRIDERICVS IV. D. G. SACR. ROM. IMPERII SEPTEMVIR COMES PAL. RHENI DVX BAVARIAE. PRIN. SERENISS.



*Imperii Proceres armis rebusq; fidei
Sufficiat. Aliorum fortis facta placet.*
*Finis vni aduocato hinc facies. Martia Virtus,
Iusticia. & fides hinc cum pictis fides.*
*Sceptra quibus magni moderatus magna potentis,
Temporibus facit calce profectus.*
J. G. Granthomme fecit.

El elector Federico IV del Palatinado. Facsimile de un grabado de Jaime Granthomme (1600)

gués, a cuyo servicio se hallaba también dispuesto un número de tropas del marqués de Brandeburgo-Ansbach. Con estas fuerzas el obispo brandeburgués tomó posesión de cierto número de plazas fuertes del obispado que se hallaban en manos de sus contrarios.

A los magnates protestantes de Alemania se ofrecía entonces una brillante ocasión para tomar el desquite de la derrota que había sufrido su partido poco antes en el Bajo Rin. Para aprovechar esta ocasión habría sido menester que abrazaran con doble energía la causa de su correligionario el nuevo obispo, tanto más cuanto que se hallaban en la alternativa de ganar una posición importantísima en la comarca riniana, o de consentir que esta posición cayera en manos de los católicos o bajo la influencia de la liga y de España. Pero, como otras veces, los motivos más miserables impidieron a aquellos magnates protestantes elevarse a la altura de

su misión. La Sajonia electoral, que navegaba otra vez en la ancha corriente de su patriotismo imperial, no se atrevió a excitar el descontento del emperador y de los católicos; el electorado del Palatinado había perdido su iniciativa desde la muerte de Juan Casimiro, y el duque de Wurtemberg no quiso mezclarse en un asunto en el cual figuraba el calvinismo. Al elector de Brandeburgo correspondía más que a nadie presentarse en defensa de su nieto; pero Juan Jorge no quiso exponerse a la acusación de haber contribuido a la desorganización del Imperio para fomentar y favorecer la ventaja de su familia.

De esta manera dejaron abandonado al joven obispo sus correligionarios alemanes. Solo el príncipe Cristian de Anhalt acudió a su auxilio; despedido por el rey Enrique IV, de regreso a su país pasó por el territorio de Estrasburgo; se presentó con unos 200 a 300 caballos al administrador del obis-